



El parecido de Cipriani con el Ayatolá es creciente: reducir la separación entre el Estado y la Iglesia, hacer política desde el púlpito y fomentar la sumisión y la obediencia.

La sotana hace al político

ABELARDO SÁNCHEZ LEÓN

El cardenal Juan Luis Cipriani, Arzobispo de Lima, se ha convertido en el líder de la extrema derecha peruana. Alberto Fujimori, recluido en prisión por atender contra los derechos humanos, no constituye una opción política futura. Su hija Keiko no parece reunir las condiciones para liderar un movimiento acorde con los intereses extremos de la derecha, como lo hizo su padre. Su hermano Kenji está menos capacitado: es una versión tosca y bastante inepta. Basta con escucharlo. Con verlo. La tarea, entonces, recae en este soldado fundamentalista, en este gladiador que no cree en el empate o en la negociación y sí en la victoria o en la derrota definitiva a la hora de los enfrentamientos.

La derecha siempre confió en Fujimori y nunca tuvo mucho apego por Lourdes Flores o la Democracia Cristiana o el Partido Popular Cristiano. Tanta fue su desconfianza que nunca pudo superar el mote de "los cuatro gatos".

Esa derecha no comulga con nociones como democracia o derechos humanos; curiosamente, las considera más cercanas a las posiciones de centro izquierda. No le gusta el centro del epicentro político porque suele ser confuso y exige concesiones. Prefiere la claridad de una derecha dura, extrema, que le mire la cara al otro extremo del espectro, representado por Sendero Luminoso o esa hábil y astuta máscara llamada Movadef, Patria Roja, Javier Diez Canseco e incluso Alejandro Toledo o PPK cuando este último, el

tecnócrata y lobista internacional, se vuelve calculador, emotivo, inteligente y suelta opiniones no tan coherentes con el pensamiento más duro de la derecha. Por ejemplo: "Humala está haciendo un buen gobierno".

Juan Luis Cipriani ha llevado la lucha política al campo ideológico religioso. Se trata de un terreno inédito en la lucha política peruana y nos regresa a los tiempos del oscurantismo y su aversión al intercambio de ideas. Su posición más clara reposa en la obediencia que todo católico debe rendir a las autoridades eclesiales. La obediencia, para él, constituye el principio rector y se asemeja mucho a la sumisión. Para Cipriani, la religión católica es la verdadera y los católicos deben ser militantes activos. En otras palabras, son cuadros militares o políticos que tienen una tarea que realizar dentro de lo que considera la causa: la causa del Opus Dei. No desea contar con una grey. No le interesa la cantidad. Prefiere la calidad. Tiene reparos del católico practicante: lo considera insuficiente. Y, por supuesto, desconfía del católico mayoritario que se ve a sí mismo como católico cultural por haber sido formado en una sociedad latina, occidental, cristiana; a este, simplemente, le tiene aversión.

La discusión ideológica religiosa ha sido capturada por los medios masivos de comunicación pues la consideran parte de la discusión política. Cipriani ha orquestado una serie de campañas en la radio, en la televisión y en ciertos

diarios que le son cercanos. No duda en hacer política desde el púlpito. Él es un político confeso antes que un supuesto pastor de almas, y representa a un sector de la población peruana. Es verdad que ser sacerdote le otorga una ventaja. Y es verdad también que ser Arzobispo de Lima le permite moverse como pez en el agua en las altas esferas de la sociedad peruana y en el mero Vaticano. Sin duda, tiene una gran ventaja sobre Alberto Fujimori: está, en principio, más cerca del Papa y, por lo tanto, de Dios. Es un político que no es capaz de separar el Estado de la Iglesia. Los fusiona. Y le interesa que sea así. Vale la pena imaginar, suponer, un parecido con la figura del Ayatolá en el Irán contemporáneo, ubicado detrás de los políticos laicos pero garantizando la política religiosa en el país. El Ayatolá es el verdadero poder y no permite amplitud de márgenes en la discusión política o en la creación artística. Juan Luis Cipriani podría ser un perfecto Ayatolá.

Cipriani es consciente de que es preferible funcionar con la lógica de un partido de cuadros que como una Iglesia de ancha base en actividad. El Opus Dei se parece a la izquierda leninista, con un control centralizado, y tiene un parecido creciente con la organización férrea de Sendero Luminoso. Ambas organizaciones gustan de someter a sus militantes. Sendero Luminoso tuvo un papel gravitante durante veinte años en la sociedad peruana con apenas cinco mil militantes. No tuvo más. Cinco mil militantes que en ciertos momentos pusieron en jaque el ordenamiento de nuestra sociedad. Juan Luis Cipriani considera que con un solo profesor en la Asamblea Universitaria de

la PUCP puede hacer sentir su influencia e incluso un ligero hálito de su poder. Y controlando los ámbitos parroquiales, considera que tiene acceso a la juventud, tan desinformada, tan emergente, tan emprendedora, tan envanecida por una idea superficial del éxito y el consumo que no distingue con claridad el modelo de institución que busca construir: rígida, monolítica, autoritaria, jerárquica, ordenada desde arriba.

Juan Luis Cipriani desconoce el actuar de los ciudadanos laicos en la política e, incluso, el de los universitarios. La noción de obediencia, por ejemplo, resulta burda cuando pide (o exige) a los estudiantes de la PUCP obediencia religiosa hacia su autoridad. Las autoridades políticas en el Perú todavía, felizmente, se legitiman por su acción. Nadie le debe obediencia al Presidente o a los congresistas. Todos somos iguales ante la ley. Los ministros tampoco le deben obediencia al Presidente. Incluso los llamados ministros secretarios de la época de Alan García no le debían obediencia al mandatario. Quizá la Iglesia y el ejército funcionan con la obediencia jerárquica, una triste obediencia que dio pie a la "obediencia debida" durante la dictadura de Videla en la Argentina. El famoso "sin dudas ni murmuraciones."

La participación de Cipriani en la política peruana ha dotado a la derecha recalcitrante de nuevas energías, aquella derecha que se ofusca ante un país cambiante, emergente, que todavía conserva movimientos de extrema izquierda, sacudido por huelgas, manifestaciones y mítines regionales, que ahora una mano fuerte y poderosa como la del Arzobispo de Lima.



Ceñido al Manual de Carreño, lo olvida después de comer y se transforma en el monstruo de Barrios Altos. (Foto: Presse-und informatiosamtder Bundesregierung. Bonn, 1996)

Noes extraño que la figura de Cipriani florezca durante gobiernos de estirpe militar: si bien Fujimori no lo era, sí creía en el líder natural y estuvo rodeado de militares. Fujimori se sentía cómodo en los cuarteles. Cipriani logra ganar para su lado a Alan García cuando en su segundo gobierno gira descaradamente hacia la derecha, cuando el APRA deja definitivamente de ser el temible cuco. Y, sin duda, Cipriani confía en la formación militar de Ollanta Humala, a quien también desea ganar para su lado. Humala ha declarado durante la campaña que es un “católico conservador”. De quien sí está distanciado por su posición liberal, autónoma, de librepensador, es de

Mario Vargas Llosa. La PUCP es solo un trecho en su camino para lograr una Iglesia militarizada, de cuadros, donde se obedezca y se actúe según su concepción e ideales. Nos prefiere arrodillados ante él. Tratarnos como niños. Dios Padre, el Santo Padre, el padre de la parroquia están por encima de los Padres de la Patria. En fin, están por encima de los Ciudadanos, de todos los Ciudadanos, pero ha empezado por los universitarios, por la juventud, exigiéndole obediencia antes que cualquier otra cosa. Tener de rodillas al rector, a las autoridades universitarias, a los presidentes regionales. Tenemos un nuevo perfil político: la sotana hace al político. ■